

## SOBRE IDENTIDAD NACIONAL Y POLÍTICA

José María Rosales

Universidad de Málaga

ANTHONY D. SMITH,  
*La identidad nacional* (trad. de Adela  
 Despujol Ruiz-Jiménez), Madrid,  
 Trama, 1997, 188 pp.

Construido desde un enfoque multidisciplinar y con un método antirreduccionista, el libro de Anthony Smith es probablemente la mejor introducción histórica y sistemática al fenómeno de la identidad nacional. Como investigación en la «sociología histórica de la identidad nacional», el trabajo provee una conexión argumental entre las formas de identidad étnica de origen premoderno y las identidades nacionales de la modernidad. Asimismo, y de forma paralela, reconstruye las diferentes vías de formación de las naciones a partir de sus antecedentes premodernos en las comunidades étnicas.

Lo significativo de todo este proceso es justamente la pervivencia de los elementos étnicos en el universo simbólico de la identidad nacional, que la convierten en una realidad sin duda novedosa, pero difícilmente asimilable a una pauta única de desarrollo. Al contrario, como destaca Smith, la identidad nacional incorpora sus antecedentes étnicos o culturales en su configuración específicamente política. Su modernidad es el resultado de una compleja articulación de la tradición con los rasgos alternativos, de naturaleza contractual, que perfilan las identidades políticas. De esta forma, cabe entender que la identidad nacional sea tanto una identidad cultural como una identidad política.

En este sentido, la distinción que Smith realiza entre un modelo oriental o étnico

de nación, concebida como una comunidad cultural formada *naturalmente* por los individuos que han nacido en ella, y un modelo occidental o cívico, que entiende la nación en los términos de comunidad política formada *contractualmente*, no oculta, sin embargo, la existencia de rasgos comunes «fundamentales»: un territorio al que se le atribuye una legitimidad histórica, un conjunto de mitos y tradiciones sobre el que se sustenta la identidad colectiva, una experiencia de vida pública y de cultura jurídica que informan la configuración institucional de cada comunidad y, en fin, el desarrollo de un sistema económico que identifica a la comunidad y a sus miembros en sus relaciones con el exterior.

Pero al mismo tiempo, esta distinción analítica permite destacar la «falta de congruencia» que existe entre el estado y la nación: entre el sistema unitario de instituciones del primero y la multiplicidad de identidades nacionales que conviven bajo una misma unidad territorial. En realidad, la inmensa mayoría de los estados modernos son estados plurinacionales. No en vano, la idea de que existe una correspondencia entre nación y estado refleja más bien el desiderátum de una argumentación nacionalista que el proceso real de encuentro y de antagonismo entre las naciones en la formación de los estados.

Incluso, y debemos esta clarificación a la obra de Walker Connor, la incapacidad para el reconocimiento político de una realidad plurinacional aparece como un signo inequívoco de la radicalización de la conciencia nacional. El trabajo de Smith ad-

vierte de este riesgo mitificador de la imaginación nacionalista en la interpretación de la historia. Sin duda, de acuerdo con la investigación de Benedict Anderson, las naciones se originan como «comunidades imaginadas», pero lo que tienen de «inventadas» no las hace tan diferentes «de otras formas de cultura, de organización social o de ideología», como recuerda Smith. La imaginación nacionalista, como la imaginación política, constituye toda una búsqueda intergeneracional de símbolos en los que quedan reflejados los rasgos identificadores de la comunidad. Esta construcción de la identidad colectiva se refleja asimismo en el proceso de construcción institucional.

Sin embargo, ambos procesos, la construcción de la identidad colectiva y la configuración de un modelo de instituciones, aun siendo correlativos no se justifican mutuamente. Así, por ejemplo, la universalización del modelo democrático liberal en el siglo XX no hace que desaparezcan notables diferencias en el modelo de instituciones de las comunidades políticas que adoptan el sistema democrático. Con todo, su adopción (o su adaptación) incide de manera determinante en la vida de cada comunidad, pues la democracia, la constitución democrática, abre la dimensión de la universalidad (y de la igualdad) de los derechos como dimensión normativa que entra a formar parte de la experiencia nacional. La nueva perspectiva fusiona, en efecto, los argumentos de la identidad nacional con los argumentos de la identidad constitucional, que incorporan a la vida de la comunidad la experiencia del universalismo.

A raíz de este encuentro de perspectivas puede que el problema de mayor envergadura, por las consecuencias que entraña, radique en la articulación entre la dimensión mítica y la reconstrucción de la historia real de la comunidad. En algunos

casos la nueva lectura del pasado choca frontalmente con la interpretación recibida por la tradición. En el peor de los casos, por la difícil o la imposible acomodación de la identidad nacional con una interpretación revisada, la historia reconstruida acaba por convertirse en una historia mitificada que niega o distorsiona la realidad.

Un ejemplo paradigmático de esta tensión lo proporciona el *debate de los historiadores* en Alemania. Iniciado a mediados de los ochenta, como debate intelectual y público ha conseguido convocar a voces de las más diversas que intentan reconstruir la memoria histórica de la Alemania contemporánea. A pesar de la irreductible variedad de enfoques, el curso de la reflexión ha puesto de relieve la imposibilidad racional y moral de una identificación cívica con una historia desproblematizada.

Antes bien, la propia supervivencia de una identidad nacional en tiempos democráticos pasa por una reinterpretación no mitificadora de la historia nacional. Autores como Habermas y, anteriormente, Sternberger, entre otros, han propugnado este acercamiento autocrítico hacia la historia de la comunidad política. En esos términos, la normalización de la vida pública no podría hacerse depender de una lectura justificatoria del pasado, pues hay etapas que simplemente no pueden reducirse a una explicación científica por ser racional y moralmente *incomprensibles*, sino de una lectura que propiciase la interpretación del pasado como un ejercicio cívico de responsabilización por la historia, cuyas consecuencias, no sólo hermenéuticas, se dejarían sentir como reto para la convivencia civil en el tiempo presente.

No cabe duda, como advierte Smith, de que la identidad nacional genera en la vida de las comunidades políticas una experiencia de identificación y de diferenciación. Todo ello a partir de la experien-

cia fundante de la multiplicidad de identidades colectivas sobre la que se inicia la socialización de los individuos. Internamente, la identidad nacional provee de cohesión a sus miembros, que se educan en una experiencia compartida de comunalidad de valores y formas de vida. Esta identificación cultural diferencia a los individuos y a las comunidades entre sí, aunque el valor político de la diferencia, al menos en el estado constitucional, conviva con el valor político de la comunalidad civil.

En sus relaciones exteriores con otras comunidades la identidad nacional constituye una referencia clave que sitúa a la comunidad de una manera diferenciada no sólo por razones etnopolíticas, sino también por razones de naturaleza económica y comercial. En cualquier caso, y dada la configuración plurinacional de los estados modernos, tanto interna como externamente la cohesión cívica de las comunidades políticas, integradas habitualmente por una pluralidad de comunidades nacionales, se produce como resultado de un complejo proceso de articulación cívica de la diferencia. En el marco de instituciones del estado constitucional, el elemento cohesionante último de las identidades nacionales no es, en efecto, de naturaleza etnonacional, sino política o contractual.

Es este complejo presupuesto el que orienta la investigación de Smith: la identidad nacional necesita entenderse como resultado de una interacción entre componentes étnicos y políticos. Al integrarlos en su análisis, el trabajo de Smith se distancia de los trabajos clásicos de Kohn, por ejemplo, y se acerca a los de Kedourie o Connor, entre otros. Su instrumental teórico la revelan como una investigación interdisciplinar. Así, la reconstrucción socio-histórica de los orígenes de la identidad nacional que propone se continúa en una reconstrucción normativa de un con-

junto de modelos que explican los mecanismos de evolución desde las comunidades étnicas hacia las comunidades nacionales. Por otra parte, el análisis de las pautas de cambio y de interacción entre los diferentes modelos se basa en una exploración de áreas tan diversas como la vida política, la economía, la cultura, el sistema educativo o la estructuración social, que el libro de Smith aborda con suficiente eficacia.

Pero es sobre todo su intento de articular las perspectivas del pasado y del mundo actual de una forma coherente cuando el análisis pone en juego su virtualidad reflexiva: la identidad nacional se nos muestra entonces como una cuestión fundamental de la identidad cívica moderna. Al mismo tiempo que remite de forma inexorable a sus antecedentes etnonacionales, la identidad nacional moderna no puede dejar de señalar las exigencias de universalismo que introduce la experiencia de la democracia. Junto a esta tensión, la identidad nacional fraguada sobre el marco de los estados ha de hacer frente a las nuevas condiciones de la política sobrevenidas por las transformaciones del estado. Y así, cabría inferir que en un mundo donde los estados han perdido su preeminencia en la escena global, también la identidad nacional ha perdido su papel de cohesionante cívico primero. La inferencia se sustenta en una creciente base empírica, máxime teniendo en cuenta la formación de identidades postracionales desde el último tercio del siglo XX. Pero aplacemos por un momento la respuesta de Smith.

Mediante la reconstrucción socio-histórica de las identidades nacionales, el trabajo de Smith ensaya una interpretación de nuestro tiempo. Su diagnóstico de cierre sobre la ubicuidad de la identidad nacional se plantea como una interrogación sobre la permanencia de lo nacional en un mundo transnacional. La identidad nacio-

nal no es, en efecto, el único elemento identificador de las comunidades políticas. Es más, de acuerdo con experiencias tan dispares como la constitución de estados multiétnicos (India o Suráfrica, por ejemplo) o la transformación postnacional de la Comunidad Europea al sentar el Tratado de Maastricht las bases para una ciudadanía de la Unión, el elemento nacional no es una condición básica. La cohesión cívica se genera por una identificación con el proyecto constitucional de las nuevas entidades políticas. Pero éstas, desde luego, basan su legitimidad en el reconocimiento de las diferencias nacionales.

Cabe así entender que en un mundo multinacional la identidad nacional asuma un papel fundante de la idea misma de

comunidad política pluralista, pero que ese papel no es el principal. La tesis de Smith reconoce este significativo cambio de valoración, pero mantiene que la entrada de lo postnacional no acabará subsumiendo todas las funciones de la identidad nacional. Si acaso, porque la política no es una actividad estrictamente racional, sino que en ella se entremezclan permanentemente lo emocional y lo racional. Es este reconocimiento, y la argumentación que lo sustenta, una de las aportaciones imprescindibles que el libro de Smith introduce en el debate sobre el nacionalismo. La otra es su ejemplo de análisis histórico interdisciplinar, en modo alguno reduccionista y sin duda una sólida base para continuar la investigación.

## LOS CLÁSICOS DE LA RAZÓN DE ESTADO

Luis Carlos Amezúa Amezúa

Universidad de Valladolid

JUSTO LIPSIO,

*Políticas* (est. prel. y notas de J. Peña Echeverría y M. Santos López; trad. de B. de Mendoza), Madrid, Tecnos, 1997, XLVII + 340 pp.

*La razón de Estado en España.*

*Siglos XVI-XVII (Antología de textos)*

(est. prel. de J. Peña Echeverría;

selec. y ed. de J. Castillo Vegas,

E. Marcano Buénaga, J. Peña

Echeverría y M. Santos López),

Madrid, Tecnos, 1998, XLI + 262 pp.

Sumergirse en el estudio de las doctrinas del pasado, iniciando un diálogo con nuestros predecesores, podría servir para

adquirir lo que calificaban despectivamente los griegos como polimatía, saber erudito y excesivo. Abre, en cambio, el camino hacia la renovación de nuestra propia reflexión teórica, y no sólo al rastrear en textos con pretendido interés filológico permanente, sino al reconstruir sin anacronismo las mentalidades extrañas a nosotros de épocas anteriores.

La lectura de estos libros, publicados en la colección de textos clásicos de la editorial Tecnos, nos da una imagen destacada de aquel momento histórico en que se invierte la tendencia de considerar como fin de la actividad política la vida buena, a entenderla al servicio de la supervivencia de la comunidad.